

Gayol, S. y Kessler, G. (2018). Muertes que importan. Una mirada sociohistórica de los casos que marcaron la Argentina reciente. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI

Iván Federico Basewicz Rojana

Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires (Argentina).

Correo: ibasewicz@sociales.uba.ar

Fecha de recepción: 4 de noviembre de 2019

Fecha de aceptación: 22 de mayo de 2020

Resumen:

Iván Federico Basewicz Rojana reseña el libro de Sandra Gayol y Gabriel Kessler *Muertes que importan. Una mirada sociohistórica de los casos que marcaron la Argentina reciente*, al que considera fundamental para comprender la configuración histórica de la cuestión policial. El autor plantea que el vínculo descripto entre casos, medios de comunicación y Estado es el aporte más innovador para las ciencias sociales condensado en el escrito. En definitiva, un texto referencial para los académicos y los interesados en el campo de la comunicación, política y seguridad.

Abstract:

Iván Federico Basewicz Rojana reviews the book of Sandra Gayol and Gabriel Kessler *Deaths that matter. A sociohistorical view of the cases that recently marked Argentina*, which is considered fundamental to understand the historical configuration of the police issue. The authors state the link described between the cases, the mass media and the State, being the most innovative input for social

sciences condensed in the book. Definitely, a referential text for the academics and the interested in the field of communication, politics and security.

“(…)hay muertes que son profundamente desestabilizadoras e inauguran un tiempo histórico particular; hay otras que deviene hechos sociales y políticos pasajeros y espasmódicos, pero la mayoría de las muertes violentas no logran ningún impacto público.” (p. 7). En *Muertes que importan. Una mirada sociohistórica sobre los casos que marcaron la Argentina reciente* Sandra Gayol y Gabriel Kessler indagan las razones de dicha disparidad. En este sentido, toman particular importancia los casos de muertes violentas de personas indefensas acometidas por individuos que ostentan posiciones de poder. Asimismo, hay un estudio de la conversión de dichos sucesos en “casos”, por más que no se hayan nacionalizado, y del despertar de reacciones sociales y procesos de transformación que suscitaron. Esto resulta relevante ya que los decesos pudieron no haber trascendido la esfera privada.

En sintonía con lo anterior, se aduce que el eslabón que las conecta en último término es el Estado. Esto indica el vínculo con la política, la cual ha realizado una apropiación particular de los casos, constituyéndolos en multifacéticos por la versatilidad en su entendimiento para su posterior uso. De aquí que las respuestas que suscitaron implicaron una impugnación al orden estatal. “La muerte es el final de una vida (...) pero no siempre equivale a un límite absoluto” (p. 12).

En el trabajo, resulta plausible identificar seis claros segmentos organizadores de la exposición. En la introducción se asiste a la presentación de la temática y la formulación de un marco conceptual adecuado para su abordaje. En tanto en el primer capítulo se narran una serie de muertes violentas acontecidas en la Argentina entre 1983 y 2016 que tuvieron no sólo repercusión mediática sino social. En el segundo capítulo, hay un énfasis en la construcción mediática de la muerte y en su poder de fijar agenda. Mientras que en el tercer capítulo el foco se posa sobre el tratamiento que recibe el cuerpo con y sin vida, así como sobre las formas de dar muerte. El cuarto capítulo trata

exhaustivamente el vínculo entre los decesos y los cambios por estos suscitados. Esto se realiza desde una doble perspectiva: una analítica, elaborada por los autores, y otra referida a los agentes que se ven afectados por la ruptura que les significa dicha desaparición física en tanto hecho traumático. Asimismo, en el quinto capítulo toma lugar un análisis de casos acaecidos en espacios locales cuyo impacto no transgrede dicha localidad. Por último, las conclusiones retoman las preguntas planteadas al inicio del texto a la vez que establece nuevos interrogantes que permiten la continuidad de la línea de estudio.

En tono con lo expuesto anteriormente, en la introducción se dirimen las conceptualizaciones centrales que guían el trabajo de los especialistas. Apartándose de la noción policial de "caso", la cual se define cuando una muerte deja de ser natural y da paso a lo que se denomina un crimen, el recorte propuesto presenta sucesos que se erigen como analíticos en tanto permiten vislumbrar un aspecto particular del fenómeno. En este sentido, son casos empíricos cuya consecución no da lugar a dudas, a la vez que los mismos son específicos en tanto cada uno presenta una singularidad que lo hace diferenciable de los otros. Sin embargo, esta cualidad queda trunca cuando se da por supuesto que la mediatización del suceso implica una desingularización, por lo que la muerte remite a un problema de escala mayor. Por último, queda asentado que la muerte violenta es un hecho social y, por ende, político donde la apropiación estatal da cuenta de su utilización en calidad de instrumento para el alcance de objetivos específicos.

Tras una introducción de exposición teórica, los especialistas realizan una exposición de las muertes más resonantes para el período comprendido en la investigación. Para ello organizan la exposición en cuatro fases que coinciden con los distintos gobiernos que se sucedieron desde el retorno a la democracia. De esta manera, se crea una tipología de los casos más resonantes a la vez que informa del estado de la sociedad. En la década de los ochenta se señala cuatro tipos de muerte hegemónica, aquellas relacionadas con el Estado dictatorial; los secuestros extorsivos, como lo fue el caso Sivak; las producidas por la policía, con la aparición de la categoría "gatillo fácil"; y los crímenes que no se esclarecen pero que presentan a mujeres como víctimas. En tanto en la década siguiente se asiste a la consolidación de la fragmentación social como escenario de los

asesinatos más resonantes. Las muertes ligadas al delito urbano, las vinculadas con los atentados a las sedes de la comunidad judía, las muertes dudosas, con el asesinato del hijo del presidente Carlos Menem como máxima expresión, y aquellas ligadas a las esferas de poder. Dado el notable deterioro económico y social con el que se inaugura el nuevo milenio, las muertes aparecen como consecuencia de las formas de protesta tales como los estallidos sociales, donde la represión estatal hace su aparición más notable. Postales de esta tipología son las manifestaciones de diciembre de 2001 en Plaza de Mayo. Finalmente, la última fase "está signada por una serie de tragedias que tuvieron incidencia política y social" (p. 52) como lo fueron el incendio del local bailable República de Cromañón, la Tragedia de Once y las inundaciones de la ciudad de La Plata. A lo cual se suma la problemática de la violencia de género encarnada en el caso de Wanda Taddei, el cual permitió la cristalización de la figura de femicidio. La descripción anterior permite inferir que cada ciclo político cuenta con muertes que son reflejo de los conflictos particulares del momento, así como de los temas emergentes. La tipología anterior se corresponde con una continuidad de la expuesta por Kessler (2015) en trabajos anteriores, por lo que su aplicación implica una redefinición de la misa para la temática trabajada en el presente libro

"Tres variables se articularon y confluyeron (...) para que las muertes violentas se convirtieran en agentes políticos y resultaran propulsores de cambios" (p. 61). En el segundo capítulo se realiza un análisis exhaustivo de la primera variante centrada en los medios de comunicación. En lo que refiere a este factor resulta notable la interconexión entre periodistas y los diversos actores de las muertes, entiéndase familiares y actores institucionales, entre otros. Asimismo, cabe señalar la importancia que presentaron los diarios impresos, en tanto han perdido capacidad de primicia, pero no así de generar agenda. Otro elemento es la visualización de la muerte la cual no reporta imágenes del fallecido sino de su entorno, con la excepción del caso Kosteki y Santillán para cuya reconstrucción fue fundamental el aporte de fotógrafos que se encontraban en la escena.

En tanto, el capítulo tercero desarrolla otra dimensión que permite convertir una muerte en un caso, como es el tratamiento del cuerpo en tanto

violencia previa y *post mortem*, así como la integridad moral de la víctima. Ambos factores inciden sobre el malestar social y la interpelación estatal, ya que funcionan como un "vehículo de información" (p. 109) que los posiciona como símbolos políticos. Los cuerpos en tanto expresión de la violencia de los perpetradores inciden en una capa de sentimiento que se sitúa como fundamental a la hora de entender la aparición de los movimientos que suscitan. La idea de "mala muerte" circunvala la exposición, entendiendo la misma como a contracorriente de las prácticas mortuorias aprobadas por la sociedad argentina. El constante trastocamiento del cuerpo evitando una sepultura y la falta de acceso de parientes a su visualización se erigen como los cánones de la "mala muerte". La aparición de chismes o rumores es otro elemento que viene a nutrir esta idea. Los mismos buscan quitar responsabilidades a las figuras estatales y transferirla al ámbito privado, indicando una degradación moral previa por parte de la víctima que la llevó a su posterior deceso. Sería la carrera *post mortem* del fallecido la que daría por tierra con los rumores, en tanto se dio cuenta de que no participaba de actividades ilícitas y que se configuraba bajo parámetros de conducta estipulados como "normales". "No hay buena muerte" (p. 118).

Asimismo, en el cuarto capítulo se expone el vínculo entre las muertes y los cambios que suscitan. Los mismos pueden darse de forma directa o indirecta. La primera entiende una conexión causal de inmediatez derivada de la longitud temporal del problema que el deceso evoca, produciendo una "aceleración de los tiempos históricos" (p. 137). Mientras que indirecta en el sentido de que los resultados alcanzados no fueron las propuestas primarias de los actores movilizados. Para el análisis exhaustivo de dicha vinculación los autores toman ciertos casos que evidencien dicha dualidad. En primer lugar, es tomado el asesinato del conscripto Omar Carrasco en 1994. Para este caso la forma directa se erige en la efectiva proscripción del Servicio Militar Obligatorio (SMO) en 1994 y la sanción del Servicio Militar Voluntario (SMV). En tanto la manera indirecta infiere a que dicho resultado no era el correspondido con los pedidos de justicia iniciales impulsados por los familiares y amigos. Ello no significa que la suspensión del SMO no haya convivido en forma latente con las expectativas de los actores mas en definitiva fue la iniciativa triunfante. Cabe aclarar, la muerte

de Carrasco “encadenó eslabones sueltos entre los que se encontraban el gobierno y los militares” (p. 151) particularmente sucintos desde los levantamientos carapintadas. El otro caso tratado fue la violación y el asesinato de la joven estudiante María Soledad Morales en la provincia de Catamarca. En este la forma directa se expresa en las “Marchas del silencio”, las cuales enarbolan la lucha contra la impunidad sectorial ejercida por parte de la casta política. De la misma manera, la vinculación indirecta resulta la destitución de las autoridades provinciales y la intervención del distrito. En sintonía con lo expuesto, queda demostrada la posición analítica de los autores a partir de la recuperación de la significación que los agentes históricos le otorgaron a los sucesos. “Lo que hace la muerte es generar una condición de posibilidad, estimulan formas de movilización” (p. 171).

En el penúltimo capítulo los especialistas se abocaron al estudio de casos que no trascendieron a nivel nacional y que tuvieron lugar en ciudades de mediano tamaño o en las periferias de los centros urbanos. A la vez, estos son percibidos por los actores como problemas importados de las grandes ciudades. Para la consecución de dicho análisis los autores tomaron como eje de estudio dos triples crímenes sucedidos en la ciudad de Cipolletti, vecina a la ciudad de Neuquén (capital de la provincia que lleva el mismo nombre), y muertes sucedidas en el barrio Ejército de los Andes, comúnmente llamado “Fuerte Apache”, en el partido bonaerense de Tres de Febrero. En lo que refiere a los sucesos de Cipolletti, resulta plausible apreciar mediante los testimonios recogidos en las entrevistas una constante puesta en duda de la integridad moral de las mujeres asesinadas, de modo que queda corroborado lo expuesto por los autores con anterioridad. Asimismo, hay un señalamiento a las élites locales como posibles causantes de aquellos homicidios. Esto indica una extrapolación de la sintomatología social expresada en los centros urbanos, particularmente desde la degradación sufrida por las élites con el caso María Soledad Morales, hacia la periferia tal como señalan los expertos, con la consecuente remoción de cúpulas, en especial las policiales y en menor medida las políticas. No obstante, en la segunda parte del capítulo cobra relevancia el estudio de “Fuerte Apache” en la medida que engloba un doble proceso por el cual la muerte es una instancia habitual a la vez que refuerza el estigma que pesa sobre el complejo

habitacional. La misma está dada por la frecuencia de los sucesos, lo que conlleva a una gestión de la vida y la muerte particular y la gestación de ritos locales, como es la construcción de altares. Muchos de los ritos son pedidos con antelación por los habitantes en tanto manejan una concepción de cercanía con la muerte constante. Esta habitualidad conlleva a un proceso creciente de estigmatización el cual imposibilita la victimización, por ello no implica una movilización en torno a la muerte. Asimismo, resulta el estigma aquel que guía las políticas públicas de seguridad del barrio, tal como lo demuestra la llegada de destacamentos de Gendarmería Nacional al lugar ¿Dónde radica la diferencia entre estos casos con los otros tratados en el libro? La respuesta es sencilla, el estigma de los habitantes. “Una nueva muerte no marca el corte con el pasado” (p. 223).

A modo de conclusión, los autores remarcan la noción de que las muertes una vez acontecidas se tornan en recursos sociales y políticos dinámicos y con competencias de poder. Sin embargo, la solución que ha primado más que la generación de nuevas instituciones fue la remoción de cargos de las mismas, individualizando la problemática. Esto también sucede al comprender el poder de transformación limitado de los decesos, ya que con el tiempo tienden a diluirse. A su vez, a lo largo de este recorrido se ha expuesto la mayor adjudicación de responsabilidad al Estado como partícipe necesario. En último término, las muertes que importan siempre producen cambios los cuales se sedimentan, ya que el hecho de que un deceso importe implica una primera marca de un cambio en curso.

Cómo citar esta reseña:

Basewicz, I. F. (2020). Reseña. Gayol, S. y Kessler, G. (2018). *Muertes que importan. Una mirada sociohistórica de los casos que marcaron la Argentina reciente*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI. *Revista Comunicación, Política y Seguridad*, 2, 142-149. Recuperado de <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/revistacomunicacion/article/view/4951/4765>

Bibliografía

Gayol, S. y Kessler, G. (2018). *Muertes que importan. Una mirada sociohistórica de los casos que marcaron la Argentina reciente*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

I. F. Basewicz Rojana

Reseña. Gayol, S. y Kessler, G. (2018). Muertes que importan. Una mirada sociohistórica de los casos que marcaron la Argentina reciente. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI

Kessler, G. (2015). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.